

**HOMÍLIA PRONUNCIADA POR MONS. DIEGO MONROY PONCE;
VICARIO GENERAL Y EPISCOPAL DE GUADALUPE, RECTOR DEL SANTUARIO
DOMINGO DE CRISTO REY**

22 de noviembre de 2009
Año Sacerdotal

REY Y PASTOR

Bendito y alabado sea Jesucristo, Rey del Universo. El Cordero que, para nuestra salvación, con su sangre derramada en la cruz, nos adquirió como propiedad suya.

Hermanos, **hoy llegamos al término del año litúrgico** en el que Dios nos ha concedido repasar los misterios de la salvación con los que el Padre eterno nos ha revelado su designio amoroso de salvación, en la persona de su Hijo amado, nacido de María, la siempre Virgen y que después en 1531 nos lo trajo a estas tierras.

En efecto, hermanos, **hemos contemplado**, a lo largo del año, **este misterio de amor que comenzó con la Encarnación mediante la cual se hizo uno de nosotros**, a fin de que, viviendo como uno de nosotros, fuera, con sus enseñanzas y sus obras, **nuestro camino, verdad y vida**, llegando hasta el extremo de dar su vida por nosotros mediante la muerte de cruz. Pero **resucitó y nos dio la vida plena**, siendo, de esta manera, testigo de la Verdad porque Él es la verdad de Dios y la verdad del hombre.

Es éste el servicio que, en definitiva nos dio nuestro Señor Jesucristo. Por eso **hoy la Iglesia lo reconoce como nuestro Rey**. Estamos tan acostumbrados a ver a los reyes de esta tierra que se sirven de aquellos a los que dicen servir y, más aún, se hacen servir de ellos como dueños, que nos **cuesta trabajo descubrir la profunda diferencia de éstos con el verdadero Señor y Rey** del Universo: Jesucristo.

Pero repasando, como decía, todo lo que hizo y enseñó Jesús a fin de que entendiéramos y **nos adhiriéramos a su persona para conocer nuestra destino** –el que Dios nos tiene señalado– y que consiste en **LLEGAR A SER HIJOS SUYOS**, no podemos más que agradecer y reconocer que estamos en deuda con Él y, de esta forma, corresponder con nuestro sometimiento y gratitud, en el amor, a su obra salvadora.

En el diálogo con Pilato, ese hombre que detenta el máximo poder en Judea y que cree tener poder sobre su vida, **Jesús deja bien claro qué clase de Reino es el suyo**. Ciertamente, su Reino y su reinado no son como los que estamos acostumbrados a ver en nuestro entorno político y material. **No consiste en dominar y someter para obtener todas las ganancias posibles, al estilo de los reyes y reinados de este mundo de poder, de soberbia y de mentira**. Si fuera así, y como sucede con los que se hacen llamar y pretenden ser jefes, la fuerza de la violencia de sus protectores se habría hecho sentir en ese juicio para imponer su fuerza y su poder.

No hermanos, **su poder consiste en la verdad, la justicia, el amor, la fraternidad, la misericordia, la reconciliación y la paz. ESE REINO NO ES DE AQUÍ Y SIN EMBARGO HA VENIDO A INAUGURARLO AQUÍ EN LA TIERRA**. Pero es apenas el comienzo: verdad, justicia, amor y... son apenas un indicio de que ha comenzado, ciertamente todavía no en todo el mundo, pero sí en algunos que han acogido, en el amor y la obediencia de la fe su persona y su evangelio de amor.

Entonces, mis hermanos, **para pertenecer al Reino de Jesucristo no hay otra puerta que la de su pasión y muerte para llegar a la gloria de la resurrección**, es decir, a la plenitud de ese Reino. **Cristo mismo encarna el Reino**. Así que, dicho de otra manera, entrar al Reino o pertenecer a él es lo mismo que **entrar en íntima unión de amor con Cristo. ES ACEPTAR SU SEÑORÍO ÚNICO Y SUFICIENTE**, evitando doblar las rodillas ante cualquier otros supuestos 'señores' que no son más que impostores que pretenden el reconocimiento y la adoración que sólo le pertenece a Dios y a su Hijo Jesucristo.

Pero también aceptar su señorío implica que tengamos que **DECIDIRNOS POR APRENDER A SERVIR COMO ÉL SIRVE**, ya que esto es lo que significa su Reino. Hemos de aprender a **descubrir la vaciedad de los deseos mundanos** de privilegios y de dominio sobre los demás; hemos de **abstenernos de apreciar y buscar el éxito por sí mismo haciendo a un lado los criterios de Dios**, de triunfar a costa de lo que sea o de quien sea, es decir, evitar el abuso y la explotación de los más débiles e ignorantes.

Para empezar a pertenecer al Reino, hemos de cuidarnos, mis hermanos, de utilizar esta especie de ciudadanía real para pensar que ya lo tenemos todo y que no tenemos que hacer otra cosa que disfrutar de sus beneficios y aprovechar este privilegio de pertenencia **a la Iglesia como si ésta fuera ya en sí misma el Reino**. No olvidemos que **ÉSTA ES UN MEDIO E INSTRUMENTO INIGUALABLE E INSUPERABLE**, pero al fin un medio, no la realidad misma a la que debo llegar por mi fidelidad y sometimiento a Cristo.

Es muy conveniente, entonces que, para nuestro provecho espiritual individual y comunitario, entendamos que **la pertenencia al reinado de Cristo es, cierto, un gran privilegio, es un don suyo, pero es también una tarea que exige nuestro empeño de cada día en la esperanza de alcanzar lo que se nos promete**, pues el Reino de Dios ya está aquí pero todavía no en su plenitud. Todavía, mientras estemos en la tierra, exige nuestra colaboración asidua y amorosa.

La Eucaristía es la máxima expresión de este misterio, puesto que **en su celebración ya pregustamos de alguna manera lo que se nos promete** y se nos da una prenda o garantía de lo que obtendremos.

Que nuestra Muchachita, Reyna, Señora y Madre **nos haga**, con su ejemplo de vida y respuesta al Señor, **experimentar esta realidad de pertenencia al Reino** y nos acompañe para **que nunca dejemos de trabajar por que sea cada día más una realidad hoy**, especialmente para los más pobres que parece que no tienen otro aliciente en sus vidas. Amén.